

contré cerradas; porque á causa de la fiesta de Santo Tomás, los bibliotecarios tenían descanso. No pudiendo encontrar á la ciencia en sus palacios, la busqué en las tiendas y en los almacenes portátiles en donde ostenta en pleno viento, sus gracias, sus arrugas, sus andrajos, y á veces sus riquezas; es decir, nos fuimos á los puestos de libros viejos.

Los viajeros lo tienen dicho: raras veces harán estos libreros fortuna en su oficio: Las grandes obras sobre la antigüedad, de que Roma era tan rica, han sido presa de los ingleses y de los prusianos. No se les encuentra sino por casualidad, y siempre á peso de oro. Las ventas públicas solo ofrecen algunos buenos asuntos; comunmente tienen lugar varias veces en la semana; y como en Paris, se distribuye con anticipación el catálogo. Por lo demás, señores aficionados, no os desalentéis; entrad á casa de los libreros de viejo romanos; si allí no encontráis las obras que buscáis, en compensación encontrareis el *farniente* en su bello ideal. El librero de viejo en Roma, es un tipo que merece estudiarse. Una tienda y una trastienda, las mas veces bajas y oscuras, están obstruidas con libros de todos tamaños, unos encima de otros, y cubiertos de polvo. En un ángulo está sentado un viejo romano, afectando tener en su silla de paja, la dignidad de sus abuelos en sus sillas curules.

El *padrone* (amo) á quien tuvimos el honor de hablar, descendía en línea recta de Horatius Coclès, y habia heredado el rasgo característico de su noble familia. Un gran par de anteojos de resorte oprimía su vasta nariz, y daba á su voz un tono perfectamente nazal. El periódico del país, el *Diario*, estaba en sus manos, y en sus rodillas yacían un *fazzoletto* y una amplia caja de polvos, de que hacia un uso que edificaba. Al entrar nosotros,

le saludamos con urbanidad francesa.—*Padroni*, señores míos, mis patrones, nos contestó sin inquietarse, ni dejar su asiento, ni su periódico.—¿Teneis tal obra?—*Ecco*, héla aquí; y nos indicaba con la cabeza tres grandes y gruesos *in-folio*, puestos sobre el mostrador: ahora bien, aquellos tres *in-folio* eran sus catálogos. Me puse á ojearlos y él siguió tranquilamente su lectura. Habiéndome encontrado una obra que no conocia, le pregunté su precio.—Treinta y tres pesos.—Imposible.—Sin añadir una palabra ni hacer signo alguno, se concentró en su dignidad, y me dejó seguir buscando.—Y este otro libro, ¿cuánto vale?—*Padrone*, siete *paulos*.—Yo conocí que aquel digno hombre queria explotar al *Padrone*, porque si me pidió siete *paulos*, acabó por dármelo en tres. Salimos y se quedó impassible en su silla. La sangre nos hervía en las venas: ¿quién se imaginaria semejantes modales? En Francia, el comerciante, el librero, el vendedor de libros viejos, estarian seguros de no ver en su casa sino á los amantes de curiosidades. Nosotros no conocemos nada de las dulzuras del *farniente*, ni las felicidades de la siesta.

Salimos cavilando en aquella especie de modelo que acabábamos de tener á la vista, cuando encontramos á un lado de *Gesu* algunos pobres que nos pedían limosna. La mendicidad, prohibida en Roma por Leon XII, ha venido al fin á tolerarse. Se le encuentra muchas veces en las calles, y á la verdad que el pintor de costumbres no debe enfadarse, porque el mendigo romano es un tipo original. Se le daría la limosna por solo el gusto de vérsela pedir. La manera de hacerlos soltar vuestros *bayocos* es pintoresca, lógica, poética y elocuente. Desde que os ve venir á lo lejos, se levanta del poste de la esquina en que está sentado, se descubre gravemente, os saluda repetidas veces con su ancho som-

brero triangular, con su cabeza y con todo el cuerpo. Su rostro se alegra, y brilla en sus ojos la esperanza.

Quédase para los mendigos de otros países la monótona letanía de la indigencia: *Hacedme la caridad*: el mendigo romano tiene una colección de fórmulas que usa, según la edad, el estado y los deseos presuntos de la persona. Ya comienza por poner fuera de duda vuestra generosidad, y antes de saber si oireis sus votos, os llama mi bienhechor, *benefattore mio*: ya comienza por rendir homenaje á vuestras virtudes, y os llama desde luego alma bendita, *anima benedetta*: otras veces va á buscar la fibra tan delicada del amor propio; y os prodiga los títulos de *excelencia*, de *señor ilustrísimo*, *reverendísimo*. ¿Le habeis socorrido alguna otra vez? Pues en tónces su petición se formula en bendiciones, y le oís decir: «Bendito sea el noble señor que todos los días recorre con paso más ligero las calles célebres de nuestra ciudad. Mis devotas oraciones han sido, pues, útiles á este incomparable señor. ¡Ah! cómo pasaba há poco delante de mí, por la primera vez, débil y lánguido!... ¿No sería yo un réprobo, si la alegría que le manifesto fuese para moverle á hacerme algun presente? No, digno y virtuoso señor, pasad firme delante de mí, no mireis al más pobre de vuestros servidores, que siempre rogará por vos; aunque mendigo, no conozco el interés...»

Después de haberos atacado por los sentimientos humanos, os toma por vuestro corazón de cristiano. «Alma bendita, os dice, haceos rezar una oración, oír una misa.» ¿Y qué os pide por ello? La lengua italiana viene en su ayuda y suministra á su modestia los más encantadores diminutivos, ó bien sin atreverse á nombrar el favor que implora, os dice: «Alma bendita: una pequeña monedilla, *una piccola mone-*

ta;» ó si se atreve á expresar su pensamiento, os pedirá no un pequeño sueldo, como nuestros interesantes *deshollinadores*, sino la mitad solamente de un pequeño sueldo: *Anima benedetta, un mezzo baiocco*; luego, con un admirable talento oratorio opone, á la pequeñez de su pedido, el poder de los motivos. Reuniendo en algunas palabras, todo lo que la religión tiene de más propio para conmover el corazón, os dice: «*Per l'amor di Dio, di Maria santissima, di Gesu sacramentato, delle anime del purgatorio.*» Con esto os dais por vencido y á pesar de la resolución estoica de pasar sin tocar vuestra bolsa, lleváis involuntariamente la mano hácia ella. Pero lo que os da el golpe de gracia, es la poética pantomima con que acompaña su súplica. El juego sonoro de su voz aflautada, la actitud suplicante de su cuerpo, el balanceo reiterado de su gran sombrero; sus ojos dulces fijos en los vuestros, su cabeza graciosamente inclinada á la espalda, el aire medio tímido, medio esperanzado de su rostro, todo esto os fascina y os subyuga. Os sonreís y haceis caer en su mano el bayoco ó el paulo, y él os paga con una sonrisa y una mirada que no olvidáis nunca. ¿Me es permitido decirlo? Muchas veces nos dejábamos importunar por asistir á la repetición completa de esta escena.

Tal es el mendigo romano. Como todos los de otros países y acaso con más verdad, ama y preconiza al que da, y detesta al que no da. Vimos manifestado este doble sentimiento en dos ocasiones recientes. A la muerte de la joven y caritativa princesa Borghese, los pobres de Roma se deshicieron en lágrimas. El pueblo quitó del carro fúnebre los caballos, y lo arrastró él mismo á Santa María la Mayor; el duelo fué verdadero, universal. En los funerales del príncipe de P... que pasaba por avaro, estuvo también el pueblo; pero los pobres hicieron estallar su

desprecio y su resentimiento, ahullaron y silvaron al convoy.

Véase cuán cierto es que el pueblo conserva siempre un sentimiento profundo de los deberes del rico, por instinto, sabe esta palabra apostólica:

Que la abundancia de los unos, supla á la indigencia de los otros.

Si el mendigo romano tiene un modo propio de pedir limosna, también lo hay particular para negarla. En Francia decimos: «No tengo dinero, nada tengo, no puedo daros!» En una palabra, hablamos.

El romano no se toma tanto trabajo; en general, parece que teme las enfermedades de laringe. Acosado por algún pobre, se contenta con levantar á la altura de la barba el índice de la mano derecha, con el cual hace un signo de negación, y sigue su camino, sin volver la vista, sin mover la cabeza, sin despegar los labios. Aconsejo al viajero que no olvide esta receta. Evitará que se le conozca por un *forastière*, y no estará sujeto á peticiones importunas, y tal vez indiscretas. Al ver el gesto nacional, el mendigo dice al punto: «*Es un compatriota, no hay que hacer nada;*» y se aleja. Recordaré de paso que el napolitano tiene otro modo de negar, y es éste: echa la cabeza hácia atrás, levanta sus ojos al cielo, hace un gesto ligero, y esto es todo.

22 DE DICIEMBRE.

Nuestra Señora de la Victoria.—Banderas de los Turcos.—Jardines de Salustio.—Retratos de los procónsules romanos.—Sus riquezas.—Sus medios de enriquecerse.—Respuesta de un bárbaro.—Vía Scellerata.—Baños de Tito, de Trajano y de Adriano.—San Pedro ad Víncula.—San Sebastián.—El Moisés de Miguel Ángel.—Recuerdos cristianos, San Leon, San Pedro.—Iglesia de San Martín de los Montes.—Pinturas de Poussino.—Iglesia subterránea.—El papa San Silvestre.—Instrumentos de suplicio de los Mártires.

Un sol hermoso acababa de iluminar las

montañas de la Sabina; la temperatura era tan dulce, que atravesamos entre legumbres y plantas en plena vegetación. Para acabar nuestro viaje en el cuartel *de Monti*, tomamos el camino de la Fuente de Moisés, ó de la *Acqua felice*. Cerca de allí se encuentra la pequeña y encantadora iglesia de *Nuestra Señora de la Victoria*, que no debe el olvidar viajero. El oro, el mármol, las ricas pinturas con que resplandece esta iglesia, desde el pavimento hasta la bóveda, desaparecen ante adornos más preciosos; ya cité los estandartes tomados á los turcos después de levantado el sitio de Viena. Están enarbolados en los cuatro ángulos de la cúpula, y forman un dosel de gloria encima del altar de María. Es cosa digna de notarse, que Roma ha mirado siempre á la Virgen Santa como la protectora especial de la cristiandad contra el islamismo. Así, la milagrosa batalla de Lepanto es debida á su protección, y el homenaje del reconocimiento romano brilla en la iglesia de *Ara-Celi*. Aquí se le ofrecen como tributo los estandartes tomados en Viena, y este hecho parece ocultar un misterio. ¿Será acaso que á la Reina de las vírgenes toca combatir el mahometismo, religión de los sentidos, más que cualquiera otra? En esto vería yo una de esas bellas armonías que se encuentran á cada paso en las obras de Dios; y me parecía muy natural que no la hubiese olvidado Roma, espejo brillante en donde se reflejan las realidades del mundo superior.

Las iglesias de Nuestra Señora de la Victoria y de Santa Susana, ocupan el lugar que ántes tenían la casa y el forum de Salustio. Muy cerca de allí estaban los jardines. Aquellos jardines tan famosos en la historia de la molición romana, habían sido comprados, edificados y adornados con los despojos de Africa. Salustio, consumido por el desorden, agobiado de deu-

das y degradado por sus infamias, del rango de senador, se lavó de toda mancha abrazando el partido de César. El vencedor de Pompeya, para rehabilitar á su nuevo cort-sano, le dió el gobierno de la Numidia: El improvisado procónsul, usando de una expresión de Séneca, *desolló* de tal modo aquella desgraciada provincia, que volvió muy pronto á Roma con una fortuna escandalosa. Con la sangre y el oro de sus *administradores*, edificó un palacio tan magnífico, y jardines de tal manera suntuosos, que Messalina misma se dignó habitarlos; con esto se dice todo 1.

Al recorrer aquellas ruinas, una multitud de pensamientos os asaltan. Aquí es donde Salustio, el Verrés de la Africa, desmentía públicamente, por su conducta, los preceptos de moral que da en sus obras. ¡Y ese hombre, Dios perdone nuestra educación, fué presentado á mi joven admiración como un modelo de elocuencia y de buen gusto; se me enseñó á mirarle como á un sabio, y se cuidó de callarme los nombres de Crisóstomo y de Agustín! Por lo demás, dije á mis jóvenes compañeros, Salustio no es el único que tiene derecho á nuestra indignación. Su vida fué la de todos nuestros autores clásicos; censores desapiadados de los vicios de otro, la mayor parte de ellos hicieron sonrojar á la humanidad por el escándalo de sus costumbres. Procónsules, generales, gobernadores de provincia, todos igualaron á Salustio en sus prostituciones y desórdenes y le excedieron tal vez en sus rapiñas. Puesto que ahora se presenta la ocasión, no es inútil estudiar un momento, bajo este punto de vista, á la sociedad pagana en los hombres que eran su personificación.

La increíble opulencia de los romanos, hácia fines de la república y bajo los primeros emperadores, es un hecho conocido de todo el mundo. Cada senador, recibía

1 Tacit. *Annal.*, c. 13.

un sueldo de ciento veinticinco mil francos, 50,000 pesos; cada caballero, de cincuenta mil, 10,000 pesos, pero eso era una bagatela. Se contaban en Roma cerca de veinte mil ciudadanos tan ricos como Lúculo 1. Ahora aquel, Xerxes de toga, *Xerxes togatus*, como le llama Ciceron, no comía con menos de treinta mil francos, 6,000 pesos, y podía dar hospitalidad á veinticinco mil hombres. Crespo decía que no se era rico, cuando no se podía, con las rentas, mantener un ejército 2; y esto, según decía, lo podía él; y Crespo era menos rico que Sylla 3. L. Domitius, sucesor de César en las Galias, gozaba de cuarenta y ocho mil *arpents* de tierra 4; Antonio, el colega de Ciceron, poseía toda la isla de Cefalonia, en la cual mandó edificar una ciudad 5.

Ses paisanos de Roma eran únicos propietarios de la más grande parte de la Africa: Neron les mandó degollar y se declaró heredero de ellos 6. Cornelius Balbus dió al morir veinte francos (cuatro pesos) por cabeza á todo el pueblo romano 7. C. Cæcilius Claudius Isidorus, decía en su testamento, que á pesar de las grandes pérdidas que había sufrido durante las guerras civiles, dejaba cuatro mil ciento diez y seis esclavos, tres mil pares de bueyes, doscientas cincuenta mil piezas de otro ganado, sin contar sus tierras, sus

1 Lucullus Romanus civis (quam Cicero et Cæsar Xerxes togatum appellabant) ad virginitt quinquè hominum millia honorificentissime hospitio excipere poterat; nec tamen ipse solus id potuit in urbe Roma, quandoquidem viginti civium millia et amplius ipsa urbe comperta memorantur, qui cum Lucullo de divitiis contendere potuissent, ut ex vetustis monumentis.—Cassal., de *Splendore Urbis*, etc. pág. 422.

2 Cicer., in *Paradois*.

3 Quiritium post Syllam ditissimus.—Plin., lib. XXXIII c. 10.

4 Cæsar., de *Bello civ.*—Antigua medida de superficie para tierras y aguas, equivalente á 1,344 toesas y á la medida de Toledo. N. del T.

5 Strab., lib. X.

6 Plin., lib. XVIII.

7 Dio., lib. XLVIII, c. 10.